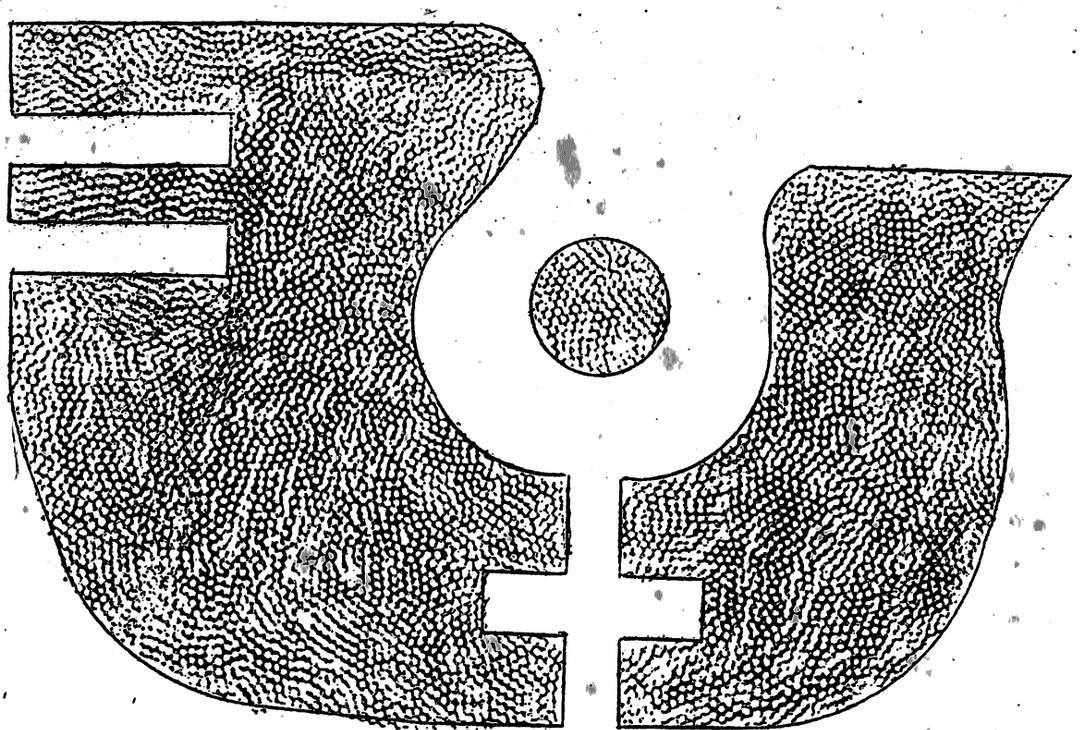
80



SERIE: MUJER

# "sexo y carácter"

Por: ERIC FROMM

PROMOCION CULTURAL
"CREATIVIDAD Y CAMBIO"

Lima

Nº 7

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

# SEXO Y CARACTER

Extracto del Libro:
"La Condición Humana Actual"
Por: ERICH FROMM

De muy antigua data es la tesis de que entre los dos sexos existen diferencias innatas que por fuerza traen aparejadas diferencias básicas de caracter y destino . La maldición del Antiguo Testamento hace propio de la Mujer el que "a tu marido estará sujeta tu voluntad y él será tu señor", y del hombre, que deberá trabajar con sudor y pesar. Pero el relato bíblico también contiene virtualmente la tesis - opuesta: el hombre fue creado a semejanza de Dios , y sólo como castigo de su desobedencia original el hombre y la mujer -tratados como - iguales en cuanto a su responsabilidad moral- recibieron la maldición de los conflictos mutuos y la eterna diferencia. Ambas opiniones, la de su diferencia básica y la de su identidad básica, fueron repetidas a través de los siglos; una época o una escuela filosófica ponía el - énfasis en una tesis, mientras otra defendía la posición contraria.

El problema asumió una importancia muy grande en las discusiones filosóficas y política de los siglos XVIII y XIX. Los representantes de la filosofía de la ilustración adoptaron la posición de que no había diferencias innatas entre los sexos (l' ame n'a pas de sexe), que cualquier diferencia que pudiera observarse estaba condicionada por diferencias de educación; tratábase -tal como se diría hoy- de diferencias culturales. Los filósofos románticos de comienzos del siglo XIX, por otra parte, tomaron una posición diametralmente opuesta . Analizaron las diferencias caracterológicas que hay entre hombres y mujeres, y sostuvieron que las diferencias fundamentales derivan de diferencias biológicas y fisiológicas innatas. Su argumento era que estas diferencias de carácter existirían en cualquier cultura imaginable.

Aparte de los méritos de los respectivos argumentos -y el análisis de los romanticos era a ~~menudo profundo~~- ambos tenían un contenido político. Los filosófos iluministas, en especial los franceses deseaban - destacar la igualdad de hombres y mujeres en lo social y, por cierto - punto, en lo político. Para fundamentar su posición acentuaban la ausencia de diferencias innatas. Los románticos, que eran reaccionarios políticos, apelaban en su análisis a la esencia (Wesen) de la naturaleza del hombre como prueba de la necesidad de una desigualdad política y social. Si bien atribuían cualidades muy admirables a "la mujer", in

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

sistían en que sus características lo hacían inepta para participar - en la vida social y política en un pie de igualdad con el hombre.

La lucha política por la igualdad de la mujer no terminó en el - siglo XIX, como tampoco terminó la discusión teórica sobre lo natural versus lo cultural en sus diferencias. En la psicología moderna FREUD se convirtió en el más franco representante de la causa de los románticos. En tanto que el argumento de estos últimos había sido formulado en lenguajefilosófico, el de Freud se basaba sobre la observación científica de pacientes sometidos al procedimiento psicoanalítico. - Supuso que la diferencia anatómica entre los sexos era la causa de diferencias caracterológicas inalterables. "La anatomía en su destino", decía de la mujer, parafraseando un dicho de Napoleón. Su argumento era que la niña pequeña, al observar el hecho de que le falta el órgano sexual masculino, es profundamente conmovida e impresionada por este descubrimiento; que experimenta la sensación de carecer de algo que debería tener; que envidia al hombre por tener lo que el destino le ha negado a ella; que en el curso normal del desarrollo intentará superar su sentimiento de inferioridad y envidia substituyendo el órgano genital masculino por otras cosas: marido, hijos o posesiones. En el caso de un desarrollo neurótico no logrará hacer substituciones satisfactorias. Sigue envidiando a todos los hombres, no renuncia a su deseo de ser hombre, se hace homosexual o aborrece a los hombre, o busca ciertas compensaciones permitidas culturalmente. Aun en el caso de un desarrollo normal, la cualidad trágica del destino de la mujer nunca desaparece del todo; está maldita por el deseo de obtener algo que se - mantendrá inalcanzable toda su vida.

Si bien los psicoanalistas ortodoxos retuvieron esta teoría de - Freud como una de las piedras angulares de su sistema psicológico, - otro grupo de psicoamalistas de orientación culturalista cuestionó los hallazgos de Freud. Demostraron las falacias tanto clínicas como teóricas del razonamiento de Freud, señalando las experiencias culturales y personales de las mujeres en la sociedad moderna que causaron los - resultados caracterológicos que él explicado sobre bases biológicas.- Las opiniones de este grupo de psicoanalistas fueron confirmadas por los descubrimientos de los antropólogos.

Existe de todos modos cierto peligro de que algunos adeptos de - estas progresistas teorías antropológicas y psicoanalíticas se pasen al extremo opuesto y niguen por completo de las diferencias biológicas tengan algún efecto em el moldeo de la estructura del carácter. Pueden sentirse movidos a proceder así por el mismo motivo que actúa en los representantes de la ilustración francesa. Dado que la acentuación de las diferencias innatas es usada como argumento por los oponentes de -

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

la igualdad de las mujeres, tal vez parezca necesario probar que la causa de toda diferencia observable impíricamente es sólo cultural.

Es de importancia reconocer que en toda esta controversia hay una cuestión filosófica fundamental. La tendencia a negar toda diferencia caracterológica entre los sexos puede ser provocada por la aceptación implícita de una de las premisas de la filosofía antiigualitaria: para reclamar igualdad es menester provocar que no hay diferencias caracterológicas entre los sexos, salvo aquellas directamente causadas por las condiciones sociales existentes. Toda la discusión es complicada especialmente por el hecho de que un grupo habla de diferencias, en tanto que los reaccionarios se refieren en realidad a deficiencias y especificamente, a aquellas deficiencias que hacen imposible que la igualdad plena sea compartida con el grupo dominante. De allí que para negar su completa igualdad con los hombres se trajera a colación la supuesta inteligencia limitada de las mujeres y su carencia de aptitudes para la organización y la abstracción, o la falta de juicio crítico. Una escuela de pensamiento admitió que poseían intuición, amor, etcétera, pero que estas cualidades no parecían hecerlas más aptas para la sociedad moderna. Lo mismo se dice a menudo de las minorías, como las de negros o judios. El psicológo o antropólogo se vió así colocado en un posición en la que debia impugnar en que entre los sexos o grupos raciales hubiera cualquier diferencia fundamental relacionada de algún modo con su aptitud para compartir la igualdad completa. En esta situación el pensador liberal se inclinó a tener en menos la existencia de cualquier distinción.

A pesar de haber demostrado que no existen diferencias que justifiquen desigualdades políticas, económicas y sociales, los liberales se dejaron a una posición defensiva estratégicamente desfavorable. Formular el hecho de que no hay diferencias socialmente perjudiciales no requiere que se deba negar la existencia de toda diferencia. En términos apropiados, la pregunta es entonces: ?Qué uso se hace de las diferencias existentes o supuestas, y que finalidad política cumplen? Aun admitiendo que las mujeres posean rasgos caracterológicos que las diferencien de los hombres, ?qué significa ello?

Es la tesis que sostenemos aqui: que ciertas diferencias bi lógicas determinandiferencias caracterológicas; y que tales diferencias están combinadas con aquellas que son producidas directamente por factores sociales; que estos últimos tienen un efecto mucho más fuerte y que pueden acrecentar, eliminar o invertir diferencias de raíz biológica, y que, en última instancia, las diferencias caracterológicas que existen

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

entre los sexos, en cuanto no están determinadas directamente por factores culturales, no constituyen nunca diferencias de valor. En otras palabras, el carácter típico de hombres y mujeres en la cultura occidental está determinado por sus respectivos papeles sociales, si bien el cáracter lleva un tinte debido a la diferencia de los sexos. Esta colaboración es insignificante en comparación con las diferencias de raíz social, pero no deber ser dejada de lado.

El supuesto implícito que da base a gran parte del pensamiento reaccionario es que la igualdad presupone una ausencia de diferencias entre personas o grupos sociales. Dado que obviamente tales diferencias existen en relación con prácticamente todo lo que tiene importancia en la vida, los reaccionarios llegan a la conclusión de que no puede haber igualdad. Cuando los liberales, por el contrario, se sienten movidos a negar el hecho de que hay grandes diferencias en las dotes mentales y físicas y condiciones accidentales de la personalidad que pueden ser favorables o desfavorables, no hacen más que ayudar a que sus adversarios permanezcan tener razón a los ojos del hombre común. El concepto de igualdad, tal como se ha desarrollado en el judeo-cristianismo y en la tradición progresista moderna, significa que todos los hombres son iguales en lo referente a aquellas capacidades humanas básicas como las que hacen al goce de la libertad y la felicidad. Significa además, como consecuencia política de esta igualdad básica, que ningun hombre deberá ser usado como medio para los fines de otro grupo. Cada hombre es un universo para sí mismo, y es sólo su propia finalidad. Su meta es la realización de su ser, incluyendo aquellas mismísimas peculiaridades que son características de él y que lo hacen diferente de los demás. La igualdad es así la base para el desarrollo total de las diferencias, y su resultado es el desarrollo de la individualidad.

No obstante haber un número de diferencias biológicas que bien merecerían ser examinadas en lo referente a su importancia para establecer diferencias entre hombres y mujeres, nosotros trataremos aqui principalmente sólo una. Más que examinar todo el problema de las diferencias de carácter entre los sexos, nos impulsa el propósito de ilustrar la tesis general. Dedicaremos la mayor parte de nuestra atención a los respectivos roles que desempeñan el hombre y la mujer en el contacto sexual e intentaremos demostrar que esta diferencia se traduce en ciertas desigualdades caracterológicas, las que sólo tiñen las principales diferencias resultantes de la diversidad de sus roles sociales.

Para poder funcionar sexualmente, el hombre debe tener una erección y ser capaz de mantenerla durante la cópula, hasta llegar al orgasmo; con el fin de satisfacer a la mujer debe mantener la erección durante un

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

tiempo suficientemente prolongado como para que ella alcance el orgasmo . Ello significa que para poder satisfacer sexualmente a la mujer el hombre debe demostrar que cuenta con la capacidad de tener una erección y de mantenerla . La mujer, por otra parte, para satisfacer sexualmente al hombre no necesita demostrar nada. Es verdad que su existación puede acrecentar el placer del hombre y ciertos cambios físicos concomitantes en sus órganos sexuales pueden hacer el contacto más fácil para él. Dado que sólo se han de considerar reacciones puramente sexuales -y no las sutiles reacciones psíquicas de personalidades diferenciadas- sigue en pie el hecho de que el hombre necesita la erección de su miembro para satisfacer a su mujer; la mujer no necesita nada para satisfacer al hombre, salvo un cierto grado de disposición. Al hablar de disposición es importante destacar que la disponibilidad de la mujer para la satisfacción sexual del hombre depende de la voluntad de ella; es una decisión consciente que puede tomar en cualquier momento que le venga en gana - La disposición del hombre, empero, no es de ningún modo sencillamente una función de su voluntad. Puede en realidad sentir deseo sexual y tener una erección en contra de su voluntad, y puede ser importante no - obstante desear ardientemente lo contrario. Por otra parte, desde el - lado del hombre, la imposibilidad de funcionar es un hecho que él no - puede ocultar. La falta de respuesta en la mujer, ya sea total o parcial la falla de "ella", aunque frecuentemente notada por el hombre, de ningún modo es análogamente obvia; deja margen para mucha simulación. Si la mujer consiente con su voluntad, el hombre puede estar seguro de quedar satisfecho toda vez que la desee. Pero la situación de la mujer es enteramente distinta; el deseo sexual más ardiente de su parte no llevará a la safisfacción a menos que el hombre la desee lo bastante como para tener una erección . Y aún durante el acto sexual, para lograr su plena satisfacción la mujer debe depender de la capacidad del hombre para hacerle alcanzar el orgasmo. De ese modo, para satisfacer a su pareja el hombre debe demostrar algo; la mujer no.

De esta diferencia entre sus respectivos roles sexuales se desprende algo más: la diferencia existente en sus angustias específicas vinculadas con la función sexual. La angustia reside en el punto mismo en - donde son vulnerables las posiciones del hombre y la mujer. La posición del hombre es vulnerable en cuanto él debe demostrar algo, es decir, en cuanto puede fallar potencialmente. Para él, el contacto carnal tiene - siempre el aire de una prueba, de un examen. Su angustia específica es la de fallar. El caso extremo es la angustia de castración, o sea el temor de volverse orgánicamente, y por lo tanto permanentemente, incapaz de actuar. La vulnerabilidad de la mujer, por su parte, reside en su dependencia del hombre; el elemento de inseguridad unido a su función se-

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

xual no reside en fallar sino en ser "dejada sola", en ser frustrada, en no tener completo dominio del proceso que conduce a la satisfacción sexual. No deberá sorprender entonces que las angustias de hombres y mujeres se refieran a esferas distintas., La del hombre, se relaciona con su yo, su prestigio, su valor ante los ojos de la mujer; la de la mujer, con su placer y satisfacción sexuales.

El lector se puede preguntar ahora si estas angustias no son sólo características de personalidades neuróticas. El hombre normal, ?acaso no está seguro de su virilidad? La mujer normal, ?duda acaso de su pareja? ?No estaremos aqui ante el caso del hombre moderno, sumamente nervioso y sexualmente inseguro? ?No están el "Hombre de las cavernas", con su sexualidad "primitiva" y no corrompida, libres de tales dudas y angustias?

A simple vista parecería que sí. El hombre constantemente preosupado por su virilidad representa un cierto tipo de virilidad representa un cierto tipo de personalidad neurótica, tal como la mujer siempre temerosa de quedar insatisfecha o abrumada por su dependencia. Aqui, tal como ocurre a menudo, la distinción entre "neurótico" y "normal" es cuestión de grado y de conciencia, antes que de cualidad esencial. Lo que en la personaneurótica aparece como una angustia consciente y continua, en el llamado hombre normal es una angustia cuantitativamente leve y que para relativamente inadvertida. Lo mismo es válido para las mujeres. Más aún ciertos incidentes que los individuos normales pasan por alto, sin duda despiertan angustias manifiestas en la persona neurótica. El hombre normal no duda de su virilidad. La mujer normal no debe ser frustrada sexualmente por el hombre que ha elegido como pareja sexual. Elegir con acierto al hombre en el cual puede tener "fe" sexualmente es una parte esencial de su sano instinto sexual. Pero no altera de ningún modo el hecho de que potencialmente el hombre puede fallar, riesgo que nunca corre la mujer . La mujer depende del deseo del hombre, este es independientemente del deseo de ella.

Hay todavia otro elemento de importancia para determinar la presencia de angustias, y de angustias diferentes, en el hombre y la mujer normales.

La diferencia entre los sexos es la base para la más temprana y elemental división de la humanidad en grupos separados. Hombre y mujer se necesitan entre sí para el mantenimiento de la raza y la familia, así como para la satisfacción de sus deseos sexuales. Pero en cualquier situación en la que dos grupos diferentes se necesiten entre sí, aparte de elementos de armonia, cooperación y satisfacción mutuas habrá también elementos de lucha y discordia.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Mal podría esperarse que la relación sexual entre los sexos estuviera exenta de antagonismo y hostilidad potenciales. Hombres y mujeres, justo con la capacidad de amarse, tiene una similar capacidad para el odio. En toda relación hombre-mujer, el elemento de antagonismo constituye una potencialidad, y de esta misma potencialidad puede surgir a veces el elemento de angustia. El ser amado puede convertirse en enemigo, y los respectivos puntos vulnerables del hombre y la mujer están entonces amenazados.

La clase de amenaza y angustia difieren sin embargo en el hombre y la mujer. Si la principal angustia masculina es la de fallar o no poder cumplir la tarea esperada, el impulso destinado a protegerlo de esta angustia es el deseo de prestigio. El hombre está hondamente poseído por un anhelo de demostrarse a sí mismo, a la mujer que ama, a todas las otras mujeres, y atodos los hombres, que se halla a la altura de cualquier cosa que se espere de él. Busca renovada protección contra el temor de la falla sexual compitiendo en todas las otras esferas de la vida en las cuales las fuerzas de la voluntad, la fuerza física y la enteligencia son útiles para asegurar el éxito. Estrechamente vinculada con su ansia de prestigio se halla su actitud competitiva hacia otros hombres. Temeroso de su posible falla, tiende a probar que es mejor que cualquier otro hombre. El Don Juan lo hace directamente en el terreno sexual, en hombre corriente indirectamente:venciendo más rivales, cazando más animales, ganando más dinero u obteniendo en otras cosas mayores éxitos que sus competidores varones.

El sistema social y económico moderno se basa sobre los principios de la competencia y el éxito; las ideologías alaban su valor, y debido a estas y otras circunstancias el afán de prestigio y la rivalidad están firmemente implantados en el ser humano común que vive dentro de la cultura occidental,. Aun cuando no hubiera diferencia en los respectivos papeles sexuales, estás ansias existirian en hombres y mujeres debido a factores sociales. El impacto de estas causas sociales es tan grande que podría parecer dudoso sí, en términos cuantitativos hay en los hombres algún predominio notable del afán de prestigio como resultado de los factores sexuales que se examinan en este contexto . La cuestión de primera importancia no es sin embargo el grado de que las causas sexuales acrecientan el espiritu de competencia o rivalidad, sino más bien la necesidad de que se reconozca la presencia de factores que no sean los sociales y que promueven la competencia.

El afán masculino de prestigio echa alguna luz sobre la cualidad específica de la vanidad varonil. Se dice en general que las mujeres

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

son más vanidosas que los hombres. Si bien lo contrario puede ser cierto, lo que importa no es la diferencia en cantidad sino la naturaleza de la vanidad. La caracteristica esencial de la vanidad masculina es la de hacer alardes, demostrar qué buen "ejecutante" es. Se esfuerza por afirmar que no teme fallar. Esta vanidad parece teñir todas las actividades del varón . No hay probablemente ningun logro alcanzable por varones, desde hacer el amor hasta los actos más osados de la lucha o del pensamiento, que no esté teñido en alguna medida por esta típica vanidad masculina.

Otro aspecto del ansia masculina de prestigio es su sensibilidad para el ridículo, particularmente en presencia de mujeres. Hasta un cobarde puede convertirse en algo así como un héroe si corre el riesgo de quedar en ridiculo ante mujeres, y el temor de perder la vida puede ser en el hombre menor que su temor al ridículo. Trátase en realidad de un rasgo típico en la pauta de heroismo masculino, que no es mayor que el heroísmo de que son capaces las mujeres, pero diferente, pues se halla teñido por la vanidad de tipo masculino.

Otro resultado que la posición precaria que el hombre tiene ante la mujer y de su temor a que ella lo ridiculice, en su odio potencial. Este odio contribuye a exacerbar otro afán que también tiene una funeión defensiva: dominar a la mujer, poder sobre ella, hacer que se sienta debil e inferior . Si lo logra no necesita tenerle miedo. Si ella siente temor de él -temor de ser muerta, castigada o abandonada - no podrá ponerlo en ridiculo. El poder que tenemos sobre una persona no depende de la intensidad de nuestra pasión ni del funcionamiento de nuestra productividad sexual y emotiva. El poder depende de factores que pueden ser mantenidos tan seguramente como para no dar lugar a que se dude de la competencia. De paso, la promesa de poder sobre la mujer es el consuelo que el mito bíblico de tendencia patriarca ofrece al hombre, aún mientras Dios lo maldice.

Volvamos al problema de la vanidad. Hemos dicho que la vanidad de la mujer difiere cualitativamente de aquella del hombre. La vanidad masculina es demostrar que puede hacer, probar que nunca falla, la vanidad femenina se caracteriza esencialmente por la necesidad de atraer, y la necesidad de demostrarse a sí misma que es capaz de atraer. Verdad es que el hombre necesita atraer sexualmente a una mujer para conquistarla Esto es particularmente válido para una cultura en la cual la atracción sexual abarca gustos y sentimientos diferenciados. Pero hay otras formas en que un hombre puede ganar a una mujer e inducirla a que sea su pareja sexual: la pura fuerza física o, más significativamente, la fuerza que dan la posición social y el dinero. Para el hombre, sus oportunida-

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

des de satisfacción sexual no dependen sólo de su atractivo sexual. - Para la mujer, su satisfacción sexual depende enteramente de su atractivo. No hay fuerza o promesa que pueda hacer sexualmente potente a un hombre. El intento de la mujer de ser atractiva es requerido por su papel sexual , y de ello deriva su vanidad o su preocupación por ser - atractiva.

El temor femenino a la dependencia, a la frustración, y a los roles que obligan a esperar, promueve en la mujer un deseo que Freud ha destacado especialmente: especialmente el deseo de tener el órgano genital masculino. La raíz de este deseo no se halla sin embargo en el - hecho de que la mujer sienta primariamente que le falta algo, que es - inferior al hombre por no tener pene. Si bien en muchos casos hay otras razones, el deseo femenino de tener pene nace a menudo de su deseo de ser independiente, de no estar restringida en su actividad, de no estar expuesta al riesgo de la frustración. Así como la aspiración al hombre a ser mujer puede resultar de su deseo de verse librado de la carga de la prueba, la aspiración femenina a tener pene puede resultar del ansia de superar su dependencia. Además, bajo circunstancias especiales pero que se dan frecuentemente, el pene no sólo sirve como simbolo de independencia sino que, puesto al servicio de tendencias sádico-agresivas, simboliza también un arma con la cual herir a los hombres o a otras mujeres.

Si el arma principal del hombre contra la mujer es el poder físico y social que tiene sobre ella. entonces la principal arma femenina en su posibilidad de ponerlo en ridículo. La manera manera más radical de ridiculizarlo es hacerlo impotente. La mujer puede conseguirlo de muchos modos, entre los que figuran recursos toscos y otros sutiles. Varían desde la expectativa expresada o implícita de que el fracasará, - hasta la frigidez y un tipo de espasmo vaginal que torna físicamente - imposible el contacto. El deseo de castrar al hombre no parece desempeñar el papel predominante que le adjudicó Freud. La castración es por cierto una manera de hacer impotente al hombre, e la de dominar por la fuerza física; por el poder político o económico; la de la mujer, es - socavar, por medio del ridículo y el desprecio.

La mujer puede dar a luz; el hombre no. Desde su punto de vista - patriarcal, Freud supuso característicamente que la mujer siente envidia por el miembro masculino, pero pasó casi por alto la posibilidad - de que el hombre envidiara la capacidad de la mujer para gestar hijos. Esa opinión unilateral proviene no sólo de la premisa masculina de que los hombres superiores a las mujeres, sino que resulta también de la actitud de una civilización industrial altamente técnica, en la cual -

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

la productividad de la naturaleza y no de la productividad técnica - el hecho de que las mujeres compartieran este dom con el suéldo y los animales hembra debe haber causado mucha impresión. El hombre es estéril, si se considera sólo el reino puramente natural. En una cultura donde lo principal era la productividad natural, se podría suponer - que el hombre se sintiera inferior a la mujer, especialmente cuando - su intervención en la producción de la criatura no era claramente comprendida. Se puede imaginar sin riesgo que el hombre admiraba a la mujer por esa capacidad que él no tenia, que sintiera miedo ante ella y la envidiara. El no podía producir, sólo podía matar animales a fin de poder comerlos, o matar enemigos para poder asegurarse o apoderarse - de alguna manera mágica de la fuerza que poseían.

Sin entrar a discutir el lugar ocupado por estos factores en comunidades pueramente agrarias, examinaremos brevemente los efectos de algunos cambios históricos importantes. Uno de los más significativos de esos efectos fue el crecienfe perfeccionamiento tecnológico en la producción. La mente se uso cada vez más para mejorar y aumentar los varios medios de vida que originalmente dependían sólo de los dones de la naturaleza. Si bien las mujeres ~~tenían~~ originariamente un don - que las hacia superiores a los hombres, y estos compensaron originariamente tal falta empleando su habilidad para la destrucción, más - tarde los hombres llegaron a usar su intelecto como base para la producción tecnológica. En sus primeras etapas era algo vinculado estrechamente con la magia; más tarde, con el poder de su pensamiento, el hombre produjo cosas materiales; su capacidad para la producción técnica ha dejado ahora atrás la necesidad de depender de la producción natural.

En lugar de extendernos ahora sobre este tema, sencillamente - nos referimos a los escritos de Bachofen, Morgan y Briffault, quienes han recogido ~~y analizado brillantemente material antropológico~~ que, - aun cuando no corrobora sus tesis, sugiere fundamentalmente que en varias fases de la historia primitiva existieron ciertas culturas ~~en las~~ cuales la organización social estaba centrada alrededor de la madre, y en las cuales las diosas-madres, identificadas con la productividad de la naturaleza, eran el centro de las ideas religiosas del hombre.

Un ejemplo bastará. El mito babilónico de la creación comienza con la existencia de una diosa-madre =Thiamat= que teina sobre el universo. Su reinado es empero amenazado por sus hijos varones, que están tramando rebelarse y destronarla. Como lider para esta lucha buscan a alguien con una fuerza equiparable a la de ella. Finalmente deciden que sea -

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Marduk, pero, antes de elegirlo definitivamente, exigen que se someta a una prueba ?Cuál es la prueba? . Le traen un paño. "Con la fuerza de su boca" debe hacer desaparecer el paño, y luego hacerlo aparecer nuevamente con una palabra. El lider elegido, con una palabra destruye el paño y con una palabra lo vuelve a crear. Su liderazgo es confirmado. Derrota a la diosa-madre y del cuerpo de ella crea los cielos y la tierra.

?Cuál es el significado de esta prueba? Para poder equiparar su fuerza con la de la diosa, el dios varón debe poseer aquella cualidad que la hace superior: la capacidad de crear. La finalidad de la prueba es demostrar que tiene esta capacidad, así como la capacidad caracteristicamente masculina de destruir, la manera en la que el hombre ha cambiado tradicionalmente la naturaleza. Primero destruye un objeto material, luego lo vuelve a crear; pero lo hace con su palabra, y no con el utero como lo hace la mujer. La productividad natural es reemplazada por la magia del pensamiento y los procesos verbales.

El mito bíblico de la creación comienza donde termina el mito babilónico. Casi todos los vestigios de la supremacia de una diosa femenina ya han sido eliminados. La creación comienza con la magia de Dios, la magia de la creación por la palabra. Se repite el tema de la creación por la palabra. Se repite el tema de la creación masculina; en pugna con los hechos, el hombre no es nacido de mujer, sino que la mujer es hecha del hombre. El mito bíblico es un canto triunfal sobre la mujer derrotada; niega que la mujer produzca hombres, e invierte las felaciones naturales. En la maldición de Dios se restituye la supremacia masculina. Se reconoce la función femenina de parir, pero ha de ser dolorosa. El hombre está destinado a trabajar, es decir, a producir; reemplaza así la productividad original de la mujer, aun cuando esto también deba ser hecho con sudores y pesares.

Nos hemos referido con cierta extensión al fenómeno de los restos matriarcales que se encuentran en la historia de la religión á fin de ilustrar un punto que viene al caso en el presente contexto: el hecho de que la mujer tiene la capacidad de productividad natural que le falta al hombre; que en tal nivel el hombre es estéril. Hubo ciertos periodos de la historia en que esta superioridad de la mujer era sentida conscientemente; más adelante todo el acento se puso en la productividad mágica y técnica del hombre. De todos modos parece que en un sentido inconsciente esta diferencia no ha perdido ni aun hoy todo su significado; esta capacidad que le falta hace que en algún sentido el hombre sienta temor de la mujer. Es algo que le despierta envidia

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

y a la vez miedo. En alguna parte de su caracter existe la necesidad de esforzarse constantemente por compensar la falla; en alguna parte de la mujer reside un sentimiento de superioridad sobre él por su "esterilidad".

Hasta este momento nos hemos referido a ciertas diferencias características existentes entre hombres y mujeres y que son debidas a sus diferencias sexuales. ?Debe ser interpretado esto como significando que rasgos tales como el exceso de dependencia, por una parte, y el ansia de prestigio y espíritu de competencia, por otro lado son causados esencialmente por diferencias de sexo? ?Debe esperarse que "una mujer y "un" hombre muestren rasgos, de modo que si tienen los rasgos característicos del otro sexo, tal hecho deba ser explicado por la presencia de un competente homosexual?

Serían conclusiones totalmente erróneas. La diferencia sexual tiñe la personalidad del hombre y la mujer comunes. Esta colaboración puede ser comparada con el tono o el modo en que está escrita una melodía, no con la melodía misma. Por otra parte, se refiere sólo a hombres y mujeres término medio, y varía de una persona a otra.

Estas diferencias "naturales" se mezclan con diferencias provocadas por la cultura específica en que vive la gente. En nuestra cultura actual, por ejemplo, el ansia de prestigio y éxito en la competencia que se halla en los hombres tiene mucho menos relación con los papeles sexuales que con los papeles sociales. La sociedad está organizada de modo tal que necesariamente produce esas apetencias, independientemente de que estén o no arraigadas en peculiaridades específicas masculinas o femeninas. El afán de prestigio, que está moviendo al hombre moderno desde fines de la Edad Media, está condicionado principalmente por el sistema económico y social, no por su rol sexual; lo mismo cabe decir de la dependencia femenina. Lo que ocurre es que las aputas culturales y las formas sociales pueden hacer aparecer tendencias característicasque corren paralelas con tendencias idénticas nacidas de fuentes totalmente difernetes, tales como las diferencias sexuales. De ser así, las dos tendencias paralelas se mezclan para formar una sola, y es como si sus fuentes sean idénticas.

Las necesidades de prestigio y de dependencia, en cuanto son productos de la cultura, determinan toda la personalidad. La personalidad individual se reduce así a un solo segmento de toda la gama de potencialidades humanas. Pero las diferencias caracterológicas, en la medida en que están enraizadas en diferencias naturales, no pertenecen a esta clase. La razón de ello puede ser hallada en el hecho de que más

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

profunda que la diferencia entre los sexos es la igualdad que hay entre ellos; en el hecho de que hombres y mujeres son, antes que nada, seres humanos que comparten las mismas potencialidades los mismos deseos y los mismos temores. Cualquier cosa que sea diferente en ellos por parte de diferencias naturales, no los hace diferentes a ellos. Provee sus personalidades, que son fundamentalmente semejantes, con leves diferencias en la acentuación de una u otra tendencia, una acentuación que aparece empíricamente con una colaboración. Las diferencias que tienen por raíz las diferencias sexuales no parecen dar base para asignar a hombres y mujeres papeles diferentes en cualquier sociedad dada.

En la actualidad es evidente que cualesquiera sean las diferencias que existen entre los sexos, las mismas son relativamente insignificantes en comparación con las diferencias caracterológicas que - es dable hallar entre personas del mismo sexo. Las diferencias sexuales no influyen sobre la capacidad para hacer cualquier clase de trabajo. Ciertos logros altamente diferenciados pueden tener su cualidad teñida por características sexuales -un sexo puede estar algo más dotado que el otro para efectuar alguna clase de trabajo-, pero ocurre otro tanto si se compara a un extravertido, un pícnico con un astênico. Sería una equivocación garrafal imaginar una diferenciación social, económica política basada sobre tales características sexuales.

Más aún, en comparación con las influencias sociales generales - que dan forma a modalidades masculinas o femeninas, salta a la vista la tremenda importancia de las experiencias individuales, y, desde un punto de vista social, las experiencias accidentales de cualquier persona. Estas experiencias personales se mezclan a su vez con las pautas culturales, en la mayoría de los casos reforzando sus efectos, pero a la vez reduciéndolos. Es necesario suponer que los factores sociales y personales tienen una influencia cuya fuerza sobrepasa la de los factores "naturales" que se han examinado más arriba.

Es un triste comentario sobre la época el hecho de que uno se vea obligado a destacar que las diferencias debidas al rol masculino o femenino no son suceptibles de ningún juicio de valor desde un punto de vista social o moral. En sí y por sí mismas no son buenas ni malas, ni deseables ni indeseables. El mismo rasgo aparecerá como positivo en una personalidad cuando se hallan presentes ciertas condiciones, y como rasgo negativo en otra personalidad cuando se dan otras condiciones. Es así como los rasgos masculinos de miedo al fracaso y prestigio pueden aparecer con formas negativas por demás obvias: vanidad, falta de

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

seriedad, informalidad, jactancia. Pero no menos obvio es el hecho de que el mismo rasgo puede resultar en características muy positivas: - iniciativa, actividad, coraje. Lo mismo es válido en relación con las características femeninas, tal como se acaban de describir. Las características especiales de la mujer pueden manifestarse, y así ocurre - frecuentemente, como su ineptitud para "estar parada sobre sus propios pies" en lo práctico, emocional e intelectual, pero, dadas otras condiciones, se convierten en fuentes de paciencia y confianza, de intenso encanto amoroso y erótico.

El resultado positivo o negativo de una u otra característica depende de la estructura caracterológica, tomada como un todo, de la persona a la cual uno se refiera. Entre los factores de personalidad que determinan un resultado positivo o negativo figuran, por ejemplo, la angustia o la confianza en si mismo, la destructividad o la constructividad. Pero no es suficiente señalar en especial uno o dos de los rasgos más aislados; sólo el total de la estructura caracterológica determina que una de las características masculinas o femeninas se convierta en un rasgo positivo o negativo. Este principio es igual al que - Klages introdujo en su sistema grafológico. Cualquier rasgo aislado de una escritura puede tener un significado positivo o negativo, de acuerdocon lo que él denomina formniveau (el nivel de la forma)de la personalidad toda. Si el carácter de alguien puede ser calificado de "metódico", ello puede significar una de dos cosas ; indicará ya sea algo positivo, a saber, que no es "chapucero", que es capaz de organizar - su vida; o puede indicar algo negativo, a saber, que es pedante, estéril o falto de iniciativa. Está demás decir que el rasgo de espiritu metódico está tanto en la raíz del resultado positivo como del negativo, pero el resultado es determinado por un número de otros factores presentes en el total de la personalidad. Tales factores dependen a - su vez de condiciones externas que tienden ya sea a atrofiar la vida o promover un crecimiento genuino.

-.-.-.-.-.-.-.-.-

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera